

“THEONAS”

O LAS CONVERSACIONES DE UN SABIO Y DOS FILOSOFOS SOBRE MATERIAS DESIGUALMENTE ACTUALES

Hace varios años Jacques Maritain, el tomista de melena gris y “ojos de acero”, creó un libro y lo bautizó “Theonás”.

La edición que trajinamos viene precedida de un severo estudio que sobre el autor hizo el P. Castellani con ocasión de la obra “Degrés du Savoir”. Tras breves pinceladas aparece Maritain como es: “todo un hombre y todo un filósofo”. Pero así como la obra, el escrito de introducción no es para el llano público, pues, aparte de lo intrincado de la materia que afronta, “Jerónimo del Rey” posee la cualidad de hacerse claro cuando quiere y oscuro cuando cuando le provoca.

Raro organismo vetusto y novedoso el del profundo libro. La revaluación de lo nuevo por lo antiguo. La actitud serena del filósofo ante la enloquecida sed destructora y deshumanizante del agitado pensamiento.

Autorizados amantes de la sabiduría dialogan cortésmente sobre “la libertad de la inteligencia” y “la teoría del super-hombre”, pórtico lujoso que constituye un himno a la inteligencia que da al hombre su nota cardinal y que “es en él algo divino”.

¿Quién se ocupa hoy de la libertad de la inteligencia en relación con el bien común de los hombres? Lanzó Aristóteles la idea. La maduró y desarrolló Tomás de Aquino. Más tarde quisieron los intelectualistas que esta facultad real no fuese más que una auto-delectación, libertándola de la tiranía del objeto, por oposición al utilitarismo que

se había esforzado por limitarla a la acción práctica. Después nada. Sólo Maritain, preocupado acaso por el afán socializante de todo lo creado, se ha puesto a meditar en lo que un buen marxista llamaría "la función social de la inteligencia". Y abordando el problema discurre así: "Ante todo, su acción es enteramente *inmanente*, como decimos nosotros, es decir, que su naturaleza no es producir un fin hacia afuera, sino perfeccionar cualitativamente el agente mismo, el cual, conociendo, *deviene* en cierto modo todas las cosas". Esto es, que la inteligencia aplicada a las cosas abstraer *espiritualmente* la idea, y no se pierde o absorbe *materialmente* en ellas. Pero "en esta operación vital del conocimiento, nuestra inteligencia *depende* de algo ajeno a ella. No es un puro juego subjetivo, sino un acto de sujeción y sumisión al objeto". Es, en síntesis, la posición tomista ante las categorías kantianas.

Esa actividad inmanente "no descansa ni se alegra mientras no sea totalmente vencida, convencida y dominada por el objeto, porque sólo entonces es verdaderamente libre y activa". Pero al hablar de la libertad de la inteligencia no se entienda liberearbitrismo, sino la mayor expansión proporcionada por el objeto de conocimiento, por el ser, la verdad y la belleza que nutren los hombres. Los objetos libertan la inteligencia de su pura potencialidad inmanente. Sólo así, aplicándose al ser, sujetando su actividad cognoscitiva al objeto "en la medida de su trabajo *desinteresado* la inteligencia servirá mejor el interés común de los hombres".

Y cuando el objeto está más arriba, cuando es más noble que el hombre y la inteligencia adhiere a él, se habrá realizado el super-hombre de que hablaron desde San Gregorio Magno hasta Nietzsche y que ha sido simbolizado en todas las épocas y por todas las culturas. Ese prototipo así concebido, ese solitario en su grandeza, cuya verdadera personificación sería la santidad o el heroísmo, sirve suficientemente al bien común, porque representa en la sociedad un exponente y en la individualidad una perfección. Mas ese que debiera ser realzado, abatido será en breve por el igualitarismo mediocre a que aspiran ciertas democracias en quiebra, por el solo delito de haber superado el común de los mortales. Siempre la eterna paradoja: en fuga ante las luciérnagas el día.

* * *

Los capítulos sobre "el reino del corazón", "el humanismo cristiano", "la teoría del éxito" y "la matematización del tiempo", a pesar de su maravillosa sugestibilidad y de la aquilatada erudición del autor en las viejas y nuevas filosofías, son —a decir verdad— menos seductores, acaso por resentirse de cierta prolongada disciplina en las prácticas y concepciones escoliastas. No abominamos de la Escolástica. Admiramos la profundidad de sus principios. Pero rechazamos en su nombre cierto prurito de querer presentarnos la filosofía *perenne* embozada en distinguos, sutilezas y mantones arcaicos. Cuanto más nítida y humana y actual se nos revele, más atrayente ha de aparecerse. ¿Qué importa que cambie el ánfora si ha de ser uno mismo el contenido?

Mas nada arguye esta leve sombra puramente formal contra el robusto basamento ideológico que reposa en el fondo de ese lago extraño que es el libro de Maritain.

Certeramente trajina el sabio por esos mundos de la idea allegados a lo místico, dando la impresión de un apuesto galán del pensamiento. Mas, sin embargo, va asestando mandobles a ciertas opiniones tornadizas y dejando la sensación de que "no es necesario decir todo lo que se sabe", como replicaba uno de sus personajes.

* * *

Valioso es su estudio sobre "el mito del progreso", "las antinomias del progreso necesario", "filosofía de la revolución", "el progreso del espíritu" y "sistema de las armonías filosóficas". Aquí el autor pierde en elucubraciones y tecnicismo lo que gana en soltura, diafanidad y sencillez.

Con solidez lógica implacable y con tajante sentido filosófico enfoca y desmenuza la idea-mito del progreso necesario.

Con premisas que arrancan desde el movimiento—inspirador del progreso— en relación con la forma que caracteriza los seres y con la materia considerada como receptividad expectante, como "aspiración de la pasividad informe hacia el ser acabado y delimitado", analiza el progreso en las diversas esferas de la actividad humana y concluye en la imposibilidad del progreso necesario generalizan-

te, predicado de entes que son substancialmente espíritu y materia.

"En efecto: quien dice progreso histórico, dice evolución en el tiempo; quien dice evolución en el tiempo dice materia, dice apetito radical de lo nuevo, apetito de lo otro como tal, y no de lo perfecto, y, por lo tanto, ausencia del progreso necesario o de necesaria tendencia hacia lo más perfecto. El mito del Progreso es un tipo excelente de pseudo-idea, de idea a la vez "clara" para la sensibilidad y fundamentalmente absurda en sí misma".

Y más adelante sintetiza así en pensamiento: "En esta extraña combinación de *forma* espiritual y de pura *mutabilidad* material, que constituye el sér humano, la tendencia natural del espíritu hacia lo más perfecto se opone inevitablemente al apetito natural de la materia por lo novedoso, por "lo otro", como tal, de manera que la idea de progreso necesario es un contrasentido, ya que la ley de progreso y la ley de puro cambio se entremezclan íntimamente en nosotros".

Pero Maritain no niega que el hombre sea capaz de progreso, sino que éste se realice *necesariamente* "en virtud de una actuación divina o de una ley metafísica de la historia humana".

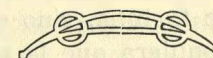
El progreso así entendido es fundamentalmente *conservador* y positivo, por cuanto supone la conservación de las ventajas adquiridas en el pasado; pero el progreso necesario como ley metafísica en el dominio universal es esencialmente *revolucionario* y negativo, por cuanto busca lo nuevo por lo nuevo, por cuanto tiene por base el cambio profundo, la subversión radical, partiendo del concepto de que "no hay destrucción que no produzca algo, ni producción que no destruya alguna existencia." Mas como la materia está en una continua tensión hacia la forma, en una especie de supersaturación formal, basta el motivo para que cuaje en éste o aquel modelo, resultando de ahí que nadie puede asegurar que el hecho principal sea la destrucción o la producción, esto es, que se pase de una forma superior a una inferior, o viceversa. Lo cual equivale a decir que siempre hay la *posibilidad* de un retroceso, que es la que viene a darle el golpe fatal a la tesis del progreso necesario. En tal caso habrá evolución, mas no progreso, porque éste supone que se va de un mal a un bien, de un bien a uno mejor, de uno me-

jor a uno óptimo. Lo que le da el sello definitivo al progreso es su avance hacia lo más perfecto, avance que no es necesitante ya que puede realizarse a lo largo de muchos retrocesos y caídas.

Tal es la sólida posición que Maritain adopta en sus "diálogos sobre materias desigualmente actuales", libro que es sin duda una nueva confirmación del talento maduro y de la recia estructura filosófica del máxime representante del tomismo en el panorama de la cultura contemporánea.

TOBIAS HERNANDEZ ROJAS

Colegial y estudiante de Jurisprudencia de este Colegio Mayor.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico